

# La Gran Guerra de los Dragones Ancestrales

Cristian Mendez



Image not found.

# Capítulo 1

## “La Gran Guerra de los Dragones Ancestrales ”

Mucho antes de la aparición de los hombres, incluso antes del despertar de los Antiguos Magos, el mundo fue reinado por bellísimas y letales criaturas que, a diferencia de los dragones que conocemos hoy en día, eran de sangre pura, la primera sangre de dragón. El primero de ellos, Ghedramagt, el Dragón Dorado de la Vida, el cual se originó como materialización de Iken, creó a los 4 Dragones Elementales, con la siguiente exclamación: “*Mi aliento será fuego, mi cuerpo será tierra, mi sangre será agua y mis alas serán viento*”. Trahyvnar, El Dragón de Tierra, Arvegost, El Dragón de Fuego, Sargauret, El Dragón de Agua, y Aeronor, El Dragón del viento. Cada uno responsable de distribuir por la extensión del mundo su elemento correspondiente, el cual podían utilizar a voluntad, así como también el don para la creación de otros dragones, cuya sangre no gozaba de divinidad, con el fin de perpetrar su especie. Desafortunadamente no fueron cinco los dragones de sangre pura, sino seis, con Driavnor, Dragón Negro de la Muerte y materialización de Then, siendo el primero en el linaje de todos los dragones negros. Se decía que cada dragón caído por la mano de Driavnor se convertía en su emisario de la muerte, una bestia sin alma que seguía solo las órdenes de su ejecutor. Si bien Ghedramagt poseía el don único de crear vida bajo cualquier elemento de la naturaleza, Driavnor tenía la habilidad de consumirla, para levantar a un esbirro reflejado a imagen de él, siendo capaz de vencer a cualquier dragón que no fuera de sangre pura. La gran cantidad de magia reunida para la creación de los Cuatro Elementales, provocó que Ghedramagt cayera en un profundo letargo milenario, atravesando a un plano astral, dejando a cargo del balance del universo a sus cuatro poderosos hijos ya que, al ser todos de sangre pura y divina, Driavnor no podría asomar sus fauces ansiosas de sangre a de ninguno de ellos.

Los Cuatro Dragones Elementales no poseían el inmenso poder de Ghedramagt. Por esa misma razón y para no caer en su desventurado letargo, crearon solo un número limitado de dragones “impuros”, que se reproducirían de manera física. Sin embargo, esta era una vía de reproducción lenta, ya que concebir a un dragón requería de 10 a 15 años de incubación. Con el paso del tiempo, el mundo comenzó a poblarse de estos espléndidos seres; los dragones del viento, que surcaban los cielos como inmensas flechas aladas; los dragones del bosque, que adornaban con sus incandescentes escamas verdes los interminables campos; los dragones de montaña con cuernos y alas más resistentes que el mismo acero; los dragones de agua, nadando a gran velocidad como serpientes gigantes que, cada vez que emergían su cuerpo azul marino brillante destellaba el color del cielo y el agua, interpretando el más resplandeciente de todos los espectáculos. Todos siempre protegidos

desde lo más alto en la Montaña Sagrada por Arvegost, Trahyvnar, Sargauret y Aeronor, que nunca se separaban.

Driavnor vivía aislado en el otro extremo del planeta, en una enorme cueva helada, había asesinado a los desafortunados dragones de hielo que se habían aventurado hacia aquellas recónditas y frías tierras, haciéndolos parte de su pequeño ejército, sus intenciones eran despiadadas, no le importaba cuanta sangre se derrame para destruir el balance del universo e implantar su reinado por sobre todos los dragones, incluso sobre el mítico Ghedramagt. Pero para lograr eso debía traer al mundo de los muertos al menos a toda una especie, sabiendo que no podría asesinar a ninguno de los Cuatro Elementales que siempre permanecían juntos, la única manera sería separar al más codicioso y poderoso de los cuatro, que era Trahyvnar, y engañarlo para que disponga a toda su especie de dragones de tierra, bosque y montaña bajo su mando y así comenzar un pleito entre los cuatro hermanos que desataría lo que posteriormente se conoció como La Gran Guerra de los dragones Ancestrales.

Enviados por el sombrío Dragón Negro, que en su infinita y malintencionada sabiduría sabía que no dejarían descuidado el Altar Ojo del Dragón de la Montaña Sagrada, porque era el único punto de retorno de Ghedramagt desde el plano astral, se dirigieron a la montaña, un puñado de dragones bajo su poder solicitando la ayuda inmediata de Trahyvnar y advirtiéndole que al otro lado de las Costas Heladas, la tierra colapsó en un enorme seísmo, consumiendo la vida de los cientos de dragones que allí se encontraban. El Dragón de Tierra partió inmediatamente con ellos, extrañado sin embargo, de no haber percibido con anterioridad dicho evento, ya que era el elemento bajo su poder, y dejando a sus tres hermanos atrás, que tal y como había profetizado Driavnor, se resguardaron en la custodia y protección del Altar. Trahyvnar volaba a una velocidad impresionante, inalcanzable para los dragones mensajeros. Cuando se encontraba cruzando las Costas Heladas un enorme dragón de ojos rojos lo tomó de imprevisto de la cola obligando a que pierda el balance y estrellándolo con una gran pared de hielo, el imponente Dragón de Tierra se incorporó de inmediato y para su sorpresa, se encontraba completamente rodeado de dragones negros y frente a él, se encontraba erguido Driavnor, con una mirada tan impía que hasta a él le heló su divina sangre. Driavnor sabía que aun estando en tal ventaja numérica, era poco probable que pudieran con el valiente Trahyvnar, y de todas maneras poco le serviría asesinarlo ya que debido a su sangre pura le sería imposible convertirlo en su lacayo. Por lo que el astuto dragón negro le propuso un acuerdo difícil de rechazar, hasta para uno de los Cuatro Elementales:

Podría asesinarte aquí, y tus hermanos jamás te encontrarían. Sin embargo te diré algo más interesante.

Inténtalo si te atreves, rugió Trahyvnar.

Calma, Dragón de Tierra, acaso no estás cansado de tener que compartir con otros tres dragones un altar con tantas riquezas, de reinar a costas de aquel apócrifo "Dragón Dorado", que ni siquiera se encuentra presente? Acaso no te mereces, siendo el más poderoso y el mayor creador de especies de los Cuatro Hermanos, un lugar especial en dicho altar?

Trahyvnar reflexionó por un momento, aunque trató de no mostrarse demasiado pensativo. El Dragón Negro prosiguió con rapidez.

Que dirías, si yo te ofreciera, al derrotar a tus hermanos y sus especies correspondientes, el control total del mayor ejercito de dragones que la historia conocerá, bajo la destrucción del Altar Ojo del Dragón, construirte tu propio altar, el que te mereces, el Altar Divino de la Tierra.

Driavnor era consciente de que la destrucción del Altar Ojo del Dragón, impediría el regreso de Ghedramagt al plano material, y así no había dragón alguno que pudiera detenerlo.

Si así fuera y aceptase, ¿cómo sé que puedo confiar en ti? Siseó Trahyvnar.

Porque ambos pretendemos lo mismo, el poder para el que fuimos destinados, y no se encuentra en mis fines asesinarte, de lo contrario ya lo habría hecho, y dada tu desfavorable circunstancia actual, creo que no tienes muchas opciones.

El Dragón de Tierra miró a su alrededor comprendiendo que cualquiera sea su decisión, implicaría traición, o la muerte. Si bien las palabras de Driavnor eran intrigantes para cualquier receptor, el acceder desencadenaría un caos apocalíptico, y de igual forma estaba al tanto de que si aquel despreciable dragón tomaba el mando, no había manera de que sus palabras sean leales permitiéndole el trono que merecía, a corto o largo plazo intentaría asesinarlo para no tener par. Driavnor era excepcionalmente astuto, pero Trahyvnar también, recordemos que era el más longevo y poderoso de los cuatro, por lo tanto decidió acordar con el Dragón Negro y luego, cuando tomasen el poder y encuentre el momento oportuno, darle muerte a tal asquerosa escoria y reinar en plenitud, por el bien de todos los dragones. Si bien Trahyvnar estaba a punto de cometer la mayor de las traiciones jamás conocida, el deseo y el terror, estrechándose la mano salieron victoriosos.

Por lo tanto prosiguió:

Bien, cual es el plan? Recuerda que nos estaríamos enfrentando a tres Dragones Elementales y a todas sus especies, y si tan solo se te ocurre

traicionarme...

Eso déjame a mí. Interrumpió el Dragón Negro. Bajo tu ausencia alguno de tus hermanos partirá en tu búsqueda, y es ahí cuando atacaremos sin piedad, dijo Driavnor mientras reía con un tono inquietantemente grave y áspero, tu solo encárgate de reunir a todos tus dragones de montaña, tierra y bosque aquí, en la Costa Helada, de manera sigilosa, ya que no queremos desatar el caos irreversible, no aún.

Días pasaron, y los tres hermanos advirtieron con gran preocupación la prolongada ausencia de Trahyvnar, realmente extrañados ya que no creían que existiese ser viviente que pueda representar una amenaza para su temible hermano. Arvegost, Sargauret y Aeronos deliberaban en el Altar Ojo del Dragón si partir en búsqueda de su hermano mayor desaparecido o resguardarse donde se encontraban, esperando lo mejor. Luego de horas de deliberación Arvegost, el más experimentado de estos tres fue el enviado en búsqueda del dragón de tierra, pero no partió solo, por precaución llevo consigo un puñado de sus dragones de fuego como escoltas. A pesar de una ardua y extensa búsqueda no encontraron ni un solo rastro, y sin saberlo estaban siendo espiados por dos siervos de Driavnor, que se fundían de manera asombrosa con las sombras que proyectaban los altos y robustos árboles que reposaban bajo el planeo de Arvegost y sus nobles acompañantes. Los dos vástagos del Dragón Negro acudieron velozmente a su presencia para informarle a la temible bestia y a Trahyvnar que el Dragón de Fuego no se encontraba lejos de la Costa Helada, sobrevolando los Bosques Gigantes del este. Driavnor miró macabramente al dragón de tierra y ambos partieron con varios dragones de hielo y de montaña hacia la cacería del pobre dragón divino que no podía ni imaginarse cuál iba a ser su desdichado destino, Arvegost divisó a su hermano que se encontraba tumbado en el césped, a unos cuantos kilómetros de él, cuando este acudió en su auxilio, Trahyvnar fingiendo una lenta agonía, le pidió a su hermano que se acercara más, porque quería decirle quien fue el responsable de esto, y cuando este se aproximó, el dragón de tierra clavó sus afiladas fauces en el cuello de su hermano y una horda de dragones de hielo y montaña se abalanzaron de entre la densa maleza de los arboles sobre los abrumados dragones de fuego que en ningún momento evaluaron su presencia, Arvegost consiguió soltar su cuello aunque con gran dificultad y muy mal herido, lanzando desde su boca una llamarada hacia el cuerpo de su hermano, la cual lo quemó en gran medida, casi hasta la incineración, pero justo en ese momento, Driavnor cayó del cielo como un irascible relámpago dirigido hacia el dragón de fuego que lo último que pudo ver, fue a sus preciosos hijos ahora sin vida, y el verde césped matizado de rojo por su hierática sangre, y también la de algunos despreciables dragones de hielo que consiguieron lo que vinieron a buscar, muerte. El cuerpo inanimado de Arvegost se envolvió en unas incandescentes llamas que lo redujeron a cenizas en un instante, hasta que no quedó absolutamente nada de él. El despiadado Dragón Negro tenía ahora en su poder, a los dragones de hielo

y fuego, y como aliados a Trahyvnar y sus dragones de montaña, bosque y tierra, quedando solo dos Elementales, ya nada era capaz de ponerle fin a sus malévolos planes. Lo que prosiguió no fue para nada sutil, desde el Altar Ojo del Dragón los dos hermanos pudieron ver, de pronto como el cielo se tornaba oscuro, velado por los centenares de dragones que se acercaban a su cacería, liderados por Driavnor y Trahyvnar, los jóvenes Sargauret y Aeronos no podían creer lo que veían, llamaron a todos sus dragones quienes en su mayoría concurren con una velocidad extrema, y ese día, el planeta fue testigo de la peor devastación de una especie, por mano de la misma especie, parecía que ese día la muerte, famélica, eligió los cielos como campo de batalla cobrándose la mayor carnicería jamás conocida. Colisionaron ambos bandos de dragones provocando un estruendo mayor al del mismo día de la creación, se desplomaban decenas de dragones muertos desde las alturas como bolsas de carne y hueso estrellándose contra el suelo y resonando desgarradoramente en los sentidos del desvanecido Ghedramagt, quien en su plano cósmico intentaba reunir la suficiente energía como para una última aparición que lograra acabar con este espeluznante y apocalíptico evento, aunque encarne la extinción del linaje Dragón casi por completo. Mientras más dragones eliminaba Driavnor, más dragones se concebían parte de su bando llegando a un punto donde la superación numérica era avasallante, forzando a los dos hermanos, todavía en pie, a huir perdiéndose de vista entre la masa de cuerpos que vestían de luto a todo el campo, se cuenta que Sargauret se hizo uno con las olas del mar, dándole el estatus de respeto que hoy en día se le otorga a aquella gran cantidad de agua, debido a su extensa calma y repentina furia que todo lo devora, y que Aeronos se desvaneció en el aire, y que cada suave brisa de otoño, es el desventurado llanto del dragón que perdió a toda su especie, aquel nefasto día.

Driavnor, Trahyvnar – que se encontraba realmente herido- y los pocos dragones restantes se dirigieron en pos de destrucción del Altar para así impedir el retorno de Ghedramagt, cuando por fin subieron a dicho lugar, para su sorpresa, allí se hallaba erguido e imponente el mítico Dragón Dorado, envuelto en una eneguedora aura divina, digna de un Dios, que no podría ni expresarse con las más exquisitas y enriquecedoras palabras. Atónitos, los ruines dragones no sabían cómo reaccionar ni qué hacer ante semejante aparición, de pronto Driavnor se abalanzó sobre el precioso dragón que daba la sensación de estar hecho de oro puro, ganando solo estrellarse con el aura antes mencionada, que parecía ser un campo impenetrable, los dragones restantes huyeron aterrorizados dejando solo a Trahyvnar y Driavnor a merced del Dios Dragón, este, con una voz tan única que parecía albergar toda la sabiduría existente exclamó.

Por tu imperdonable traición, por el asesinato de tus hermanos y la mayor parte de nuestra raza, Trahyvnar, dragón de Tierra, luego de tu muerte serás enviado al peor de todos los infiernos, deambularas solo, en la nada,

y ni el fin de los días acabará con tu soledad.

El inmutable dragón dorado emitió un rayo de luz desde su boca, y cuando este alcanzó Trahyvnar, que trataba de huir atemorizado, lo consumió en un vacío, haciéndolo desaparecer y enviándolo quien sabe dónde. Ghedramagt, un poco exhausto ya que no tuvo tiempo para juntar la energía necesaria para poder materializarse completamente, intentó hacer lo mismo con Driavnor, que había quedado como último en pie. Para su asombro, no lo logró, ya que el Dragón Negro, había consumido las almas de tantos dragones que se encontraba casi a su nivel divino, tenía los ojos más encendidos que nunca y escupió un letal veneno hacia los ojos de Ghedramagt, dejándolo completamente ciego, seguido de esto, y aprovechando su aura que en este momento estaba muy débil, lo arrebató del cuello con sus intoxicados dientes, al mismo tiempo, Ghedramagt clavó sus inmensas garras en el estómago de Driavnor, haciéndolo rugir de una manera tenebrosa, intentó dar el golpe final pero ya era demasiado tarde, el veneno había surtido efecto y el Dragón Dorado sentía como su corazón comenzaba a despedirse de él palpitando cada vez con más lentitud y su cuello casi desgarrado dejándose quebrar.. Una esplendorosa luz blanca cubrió en totalidad la Montaña Sagrada, Ghedramagt en un último aliento sacrificó su cuerpo al soldarlo con el de Driavnor que no pudo hacer absolutamente nada y ambos se fundieron en lo más alto con la montaña, que en su cúspide, el día de hoy puede verse, aunque erosionada con el paso de los tiempos, dos figuras hundidas en el corazón de una batalla que ninguno podía ganar, y es así como se conoce en el presente aquella extraña estructura natural por el nombre de Montaña Dragón.